

JAVIER BLASCO PASCUAL. *Poética de la escritura. El taller del poeta. Ensayo de crítica genética* (Juan Ramón Jiménez, Francisco Pino y Claudio Rodríguez), Ensayos literarios, Cátedra Miguel Delibes, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2011, 280 págs.

### A PROPÓSITO DE LA GENÉTICA TEXTUAL O CRÍTICA GENÉTICA

Hemos asistido en la segunda mitad del siglo XX a una explosión de la teoría de la literatura que ha aportado, sin duda alguna, una rica visión y perspectiva cambiante del texto literario desde la hermenéutica y la crítica e interpretación literaria o cultural. Paulatinamente se ha ido construyendo, si así lo prefieren, todo un aparato teórico sobre cuanto la estilística dejó alrededor del talento crítico del imposible lector ideal, que a veces se llamaba Dámaso Alonso, por ejemplo, y otras Harold Bloom en consonancia con la posmodernidad. No es el momento del debate. En cualquier caso las propuestas obviamente son mucho más ricas y sobrevuelan el sentido clásico de *lector ideal*, pues existe una multiplicidad de direcciones del saber; desde los estudios de lo imaginario hasta el posmarxismo, donde se acumulan nombres insorteables como Roman Jakobson, Lucien Goldmann, Umberto Eco, Gilbert Durand y Gaston Bachelard, Paul de Man, Terry Eagleton o Francis Jameson hasta la ginocrítica, sociología del gusto etc..., agrupadas y vinculadas en grandes corrientes por su disparidad. La teoría de los géneros, el Nuevo Historicismo, La Neorretórica, la crítica psicoanalítica, el postestructuralismo y la semiología entre múltiples miradas, han ido generando un amplísimo abanico de posibilidades lectoras que, en sus visiones y revisiones, parten siempre de algo recordado insuficientemente. Un texto fiable. O debieran hacerlo. La base de empezar a pensar y sentir con precisión y cuyos principios no vemos recogidos habitualmente en los manuales al uso de teoría literaria. De esa olvidada crítica genética habla Javier Blasco Pascual con rigurosidad elegante, en estudio claro y respetuoso aun en sus *desafecciones*, con quienes imantados por el protagonismo editor (¡frente al autor a veces!), olvidan algo avisado por Umberto Eco igualmente, desde otra perspectiva. La sobreinterpretación. Javier Blasco, pasado el purgatorio de los ante-textos de Juan Ramón, avisa de la necesidad de cierto sentido común filológico, ecdótico y heurístico, frente al exceso de protagonismo editor. Ciertamente, y aunque mucho ha transcurrido desde Karl Lachmann o desde las fechas más recientes

en que *la ecdótica tradicional no siempre tenía respuestas claras*, no cabe duda de la prevalencia de algunos principios básicos en la crítica textual (a veces meros hijos del sentido común que se olvida), de nuevo recordados y reformulados teóricamente a la luz de su nueva hermenéutica y de los poderosos medios informáticos (programa MEDITE). La *Poética de la escritura* en este sentido trae al investigador toda una actualizada mirada sobre el estado teórico de la cuestión con agilidad y serenidad, aplicando y demostrando entre textos y ante-textos los procedimientos deseables de la filología, la heurística y la ecdótica. Delimitando el valor de las fases pre-redaccionales de los borradores, sacando conclusiones interpretativas que confirman las razones de algunas variantes. O el porqué de los giros estilísticos del autor hacia otros rumbos. Toda una lectura pausada, sin protagonismos, del editor cuando lee el tótem de Juan Ramón. Pero también a Claudio Rodríguez y Francisco Pino (en menor medida). Finalmente plantea el autor algunas consideraciones sobre el respeto al texto y voluntad del poeta o, si prefieren, toda una deontología del cómo editar la poesía contemporánea sin soberbia editorial, sin protagonismos del editor frente al autor, que por definición nunca debe ser *corregido* cuando deja un libro cerrado. Bienvenida sea la autoridad de Javier Blasco en este sentido como referencia, clave en el caso de Juan Ramón Jiménez o de quien sea desde esta perspectiva, que le ha hecho reflexionar y sustentar teóricamente toda una ética y una *ética estética* o saber estar desde los textos sin protagonismos. Con minuciosidad y en su lugar.

*La poética de la escritura*, sugerentemente subtítulo *El taller del poeta* (muy célebre como heurística y actualidad en la España de los años 80), es un estudio dividido en tres grandes bloques temáticos: una reflexión sobre los postulados y momento histórico de la crítica genética, otra propiamente dedicada a los problemas concretos en la edición de textos y ante-textos, y finalmente unos apuntes sobre deslices cometidos en la edición reciente de algunos *libros* de Juan Ramón. Pero no solo, pues hay otras consideraciones subordinadas al hilo principal temático, como el valor del borrador como patrimonio cultural y elemento de investigación, etc. Las reflexiones de Javier Blasco parten para ello de algunos poetas bien conocidos por su autor, Claudio Rodríguez, Francisco Pino y, sobre todo, desde Juan Ramón Jiménez, en cuya obra y ecdótica es el filólogo aragonés estudioso de referencia. Partiendo de esa mirada inicial, con origen confeso en los problemas surgidos en la edición y estudio del onubense durante más de tres décadas, va desgranando al detalle los fundamentos del desarrollo

creativo o ante-texto (con Jean Bellemin-Noël), frente al texto hecho solución cerrada. Pero elegida por el autor, a quien parece difícil se le pueda negar la potestad sobre su propia obra frente al borrador o ante-texto. Un buen neologismo, por otra parte. Así Javier Blasco dedica cierta parte de los dos primeros capítulos del libro a revisar desde el pensamiento crítico contemporáneo esa cuestión. De esta manera, con el pie de partida puesto en Gérard Genette sobre la licitud de las notas inestables, algo más que meras hojas volanderas, siempre menos que texto, monta su disquisición sobre los valores deontológicos y filológicos de la genocrítica o crítica genética. O de la ecdótica ante la crítica textual y el *mundo de interiores* o *desarrollo* de la obra de arte (Cesare Segre). Parten desde ahí análisis y procedimientos de la madurez editora, *en limpio* frente a los *borradores*, del autor como *auctoritas* u horizonte de respuestas. Con todos esos principios y los sustentados precisos en la hermenéutica hacia el canon de la crítica genética, explica y delibera cuanto constituye el *patrimonio escrito* (Pierre-Marc de Biasi). El mundo delimitado sin fetichismos y, sobre todo, sin imposturas o sustituciones. Los borradores como cuanto son... nunca *despojos de los muertos*, advierte frente a Raymond Quenau, con ponderación en su viveza. O un patrimonio cultural, se nos recuerda, reconocido como tal desde 1881 de manuscritos, textos y ante-textos, tal vez cumplidamente. Fecha emblemática, pues entonces Víctor Hugo dona sus manuscritos a la Biblioteca Nacional como hoy acoge el Instituto Cervantes otros. O la modernidad política de lo razonable.

*La poética de la escritura* es igualmente una reflexión sobre la base teórica que la sostiene y el estado de la cuestión desde la ecdótica, del hecho frente al borrador, del autor como lector y el buen editor, frente al editor *en falso*. Delimitando campos sin acritud, pero advirtiendo y mostrando los peligros de las prisas o los protagonismos en falso, con las espaldas teóricas elaborando bien el vino sosegado en amplias y nutridas espalderas. Se ha provisto el libro de buenos enólogos críticos dando sentido al reposo de las letras añejas, o el saber hacer de poetas editados con rigor en el reposo de la barrica bajo la flor del vino lírico aposentado. Así Juan Ramón se hace texto fidedigno y vate de la sensibilidad moderna, fiablemente, de la misma manera que Teresa Rita Lopes hizo con Fernando Pessoa para construir (constituir) a los autores *fuertes* de un siglo. O se hizo igualmente con T.S Eliot, sin desdén de otros poetas del lenguaje de la ebriedad del lenguaje, caso de Dylan Thomas o Claudio Rodríguez (frente a la logolalia de Lezama Lima), entre tantos otros, lo posible como sentido igualmente frente a

las poéticas del pensamiento como perspectiva, y previsibles. Algo adelantó Séneca. El caso de *Aventura*, en la edición de Luis García Jambrina, viene a ser, nos cuenta con justeza, modélico igualmente desde esa perspectiva. Poco más se puede exigir desde lo razonable y la prolijidad de la crítica genética encargada de hacernos real y no *inventado* al autor. Pero si además se tiene el don de la claridad o legibilidad, pues un libro de ciencia tiene que ser ante todo un libro de ciencia, pero además tiene *que ser un libro* o estar bien escrito, miel sobre hojuelas. Ya lo escribió Ortega y Gasset, y recogió Robert Curtius (un filólogo aplicado, recuerdan los editores de *Teorías literarias del siglo XX*, José Manuel Cuesta Abad y Julián Jiménez Heffernan) al frente de su ejemplar estudio sobre la Edad Media. No seremos nosotros quienes les desairemos.

En esta aventura de la sustentación del ante-texto como posible información relevante para la lectura del texto y nada más, el estudio muestra una serenidad intratable. Todo un ejercicio de ponderación desde la experiencia del conocedor de una obra hecha edición fiable. El punto de partida para la recapitación sobre una tarea surge de esos esfuerzos, o toda una vida filológica, para hacer llegar al lector la legibilidad confiada. O cuanto el editor, obligado en la empresa, adentra en el albero de la problematización teórica de la crítica genética desde el motivo de la pasión lectora imprescindible, para conocer a fondo un aparato crítico y lector de quien, al día de hoy, es considerado el editor de referencia de Juan Ramón Jiménez. Las lecturas de Michel Contat, Antoine Culioli, Jean Bellemin-Noël, Gérard Genette, Pierre-Marc de Biasi, Cesare Segre, Darío Villanueva, Jean-Louis Lebrave, Pierre Audi, Éliida Loi y tantos estudiosos con los que no deseo fatigarles (ni lo hace el profesor de Valladolid), son explícitas, resumidas y asumidas. En este sentido hay una presencia de los presupuestos de esta nueva crítica genética frente a los grandes nombres clásicos desde la literatura como Louis Aragon o la crítica pensativa, con Roland Barthes a la cabeza. Obviamente, con esos presupuestos fijados, se pasa a la aventura, o a reflexionar en su aplicación sobre los autores propuestos, el otro gran bloque del trabajo, y los documentos de la fase pre-redaccional en forma de notas y borradores o bocetos, como horizonte de lectura para la sicología cognitiva igualmente. Avisándonos de su papel no secundario, pero de menos importancia desde la filología y la crítica textual. O el mundo donde el autor se encarga de valorar el protagonismo de la redacción frente al impulso inicial escriturario hecho palabra clave, o si prefieren, cuanto pertenece

a la fase pre-redaccional frente a la redaccional... el texto. Así, con múltiples ejemplos, o si prefieren, desde los tanteos en los poemas de Juan Ramón Jiménez, Claudio Rodríguez o Francisco Pino, va minuciosamente desvelando el trayecto entre lo dicho, lo pre-redaccional y lo redaccional, el análisis vertical (o de todas las fases de la escritura) y el horizontal (o estudio de textos en una misma fase escrituraria). Siempre mostrándonos junto a los poemas las explicaciones de ellos emanadas. Con el programa MEDITE como sostén de cuanto supone en esta compleja tarea, nada fútil también desde la crítica textual, pues a veces surgen conexiones inesperadas entre poemas distintos de un autor a la luz del candil de la crítica genética. Con sugerencias sabrosas y más apresuradas en el caso de Claudio Rodríguez, avivadoras de algunas cuestiones sobre las etapas, necesariamente breves, de un poeta de corta e intensa obra.

Javier Blasco Pascual nos va mostrando así todo un proceso del pensamiento hecho estudio, práctica y deontología. De esta forma llegan las disquisiciones sobre cuanto el autor llama *texto*, y que sin perder su condición de tal, puede ser considerado también *ante-texto* en el caso de la *obra en marcha* de Juan Ramón Jiménez. La obra deseable y por corregir hasta el último día de su vida, *hálito* en el gusto de sus lectores importantes, como fue José Ángel Valente. Sin ánimo exhaustivo lo ejemplifica y muestra en el doble proceso del poeta lector, poeta nuevamente. El genio enfermo, ineludible, atormentado desde la invasión de la obra en la vida revuelto en obra, obsesivamente. Tampoco es el momento de debatir al artista moderno con Walter Benjamín (si acertara completamente), sino de reconocer la trayectoria de Javier Blasco como estudioso y editor del onubense, con modestia. En efecto, sí, las relaciones entre libros, revisiones, lecturas, van desenrollándose desde el lector avisado y el bisturí ecdótico, mostrando las metamorfosis del poeta en ese doble proceso lector-creador, creador-lector, sin pesadez en el saber decir. Así, siempre documentado, claro ante el *lector sospechoso* y *el ingenuo*, muestra explícitamente los cuadros donde el programa MEDITE concluye rotundo las variantes de la comparación entre borradores y textos. Reflexiones y codicilos... un proceso concluido cuando su atenta labor interpretativa va explicando *el porqué* de variantes, las mudanzas en función de las intenciones del poeta cuando el tiempo ha pasado y se cambian versos (con Juan Ramón), eje del estudio. En el caso de *Rimas* en la *Segunda Antología poética* por ejemplo, vemos la causa de esos cambios que ahora se nos explican, desde la reivindicación *de lo "popular", lo "sencillo" y lo*

“espontáneo”. Y poco a poco, los datos son razones desde una ética editorial o crítica en la que el editor deja el texto más fiable posible, el más *imposible* por su rigurosidad y pulcritud al día de hoy para generar confianza. Trae Javier Blasco una deontología. Un mundo lector o avisado, frente a quienes por razones de protagonismo mal entendido vienen dejando un rosario de *descubrimientos*, no siempre plausibles. Y gana nuestra simpatía detallando y argumentado las razones de su desafección hacia cuantos *venden ediciones impresas de borradores (...) como si se tratase de obras cerradas* y puestas o dispuestas, no inocentemente, nos parece igualmente, *en el mercado como si realmente se tratase de ediciones de textos*. Esa deontología reclamada por Pascual, y tiene derecho a ello, solicita igualdad de tratamiento para la edición de Claudio Rodríguez y Francisco Pino, con menos intensidad, pues la casuística y problemática es diferente. Además de tener los editores menos problemas. Así el vallisoletano Pino se cuidó de dejar cerrados para imprenta sus libros no publicados en vida y en el caso de Claudio Rodríguez, cuidadoso hasta lo soportable, dejó lo inédito. Y el buen editor de *Aventura*, Luis García Jambrina, presentó como ante-texto lo respetado y estado del borrador de un libro futuro, desafortunadamente nunca fijado como tal, pero asumido por el editor como única forma posible de acercarlo, sabemos quienes frecuentamos a Claudio Rodríguez. Y vimos en manuscritos o sabemos en su constante reelaboración. Javier Blasco realiza con ese motivo una serie de glosas sobre los problemas que García Jambrina abordó y supo solucionar. Con él, igualmente, entra a fondo en la cuestión de los problemas de edición con el escalpelo de los documentos delante como guía de cuanto se debe hacer y eludir. Sin quitar prendas a otros, recuerda la virtuosa labor llevada a cabo, en esa ocasión por Antonio Sánchez Romeralo en su edición de *Animal de fondo*, que mantiene tal y como el poeta quiso en 1949. Así, ante nuevos materiales o desorganizados, reconoce estar *tratando de adivinar la intención de Juan Ramón*. Como no podía ser menos. Algo que algunos editores como Alfonso Alegre por 1999 y Rocío Bejarano y Joaquín Llansó en 2008 sortean, explica con mesura, energía y claridad meridiana. La edición de *Ellos* (2006), a cargo de José Antonio Expósito, o un borrador con poemas en diferentes estados redaccionales, convertido en *libro inédito...* en quien era tan meticuloso al respecto, aviva nuevamente otra vez los testimonios críticos de Javier Blasco al respecto, con el saber estar tantas veces inexistente en la filología española reciente.

Estamos pues ante un libro necesario y claro, sustentado. Un saber investigar, madurar, decir. O un coraje para entrar en debate con quienes no parecen ser del todo fieles al texto como razón última, cuando toca. Las argumentaciones de Javier Blasco, firmes y prolijas, no solo conforman una defensa del buen hacer editor, sino también del lector. Como Pedro Salinas, pero desde otra óptica, nos muestra así como la genocrítica vale para que el *lector inocente* reciba el legado literario en el mejor estado y más acorde a la voluntad del autor. Y sin protagonismos apresurados o sin contraste, por las más diversas razones. En este sentido el estudio llega serio y asentado en una vida filológica alrededor de Juan Ramón como nadie ha emprendido modernamente. Con el saber que puede especular y desmontar los excesos conjeturales que alteran desde el ante-texto el texto, en defensa del lector. Quien tiene todo el derecho del mundo a recibir los poemas en el mejor estado posible, nunca contra la voluntad del creador, que siempre lo tuvo como referencia, por encima de todo, interesadamente. Una razonabilidad poética. Hacían falta más libros como este en época de tantos *descubrimientos...* y más humildad, deontología o tiempo ante manuscritos para serenar las investigaciones y recapacitar. Pues no todo vale, ni de todas las maneras, cuenta sin acritud, pero con firmeza quien al día de hoy está considerado la autoridad de referencia en la edición Juan Ramón Jiménez. Sin duda libros como este debieran estar en la base de los universitarios cuando llegan edades complejas y cantos de sirenas desde la teoría sin sustento, cuando hay formas de investigar y estar desde los legajos, que terminan dando frutos por encima de las apariencias. Y mientras tanto cojo entre mis manos lo mucho plausible de Cuesta Abad y Jiménez Heffernan, Fernando Gómez Redondo, o esta última entrega de Pozuelo Yvancos, como investigador y editor. Tampoco vemos entusiasmos sobre la crítica genética o el primer momento de lo imprescindible. Parece por tanto que esta *Poética de la escritura. El taller del poeta. Ensayo de crítica genética (Juan Ramón Jiménez, Francisco Pino y Claudio Rodríguez)*, sabia y ágil, acendrada, tiene buenas razones para reivindicarse. Es un saber y pedagogía, filología.

RAFAEL MORALES BARBA  
*Universidad Autónoma de Madrid*